



Entusiasmo...
la Unidad

El Viaje

Edición N.º 251 — Septiembre de 1954 — Precio: \$ 20,00

Dieciocho de antaño

¡Qué pintoresco campamento el del Parque Cousiño! Lo que la vista alcanza a abarcar es una pequeñísima parte de ese inferno humano que bulle como un enjambre bajo los árboles y se agita como un reguero de pólvora encendido.

Si el curioso se detiene un instante en medio de la ancha avenida que rodea la elipse, verá pasar en un solo grupo, formando una compacta corriente, coches, carretones, golondrinas, gente de a caballo, huasos, militares, hombres de a pie, mujeres con elegantes y chillones trajes de percal. Todos van juntos, que parece pueden quedar envueltos de un momento a otro en las ruedas y las patas de los caballos; pero es esa una madeja que, perpetuamente enredada, se va desenredando sin cesar.

Allí están las fondas formando una improvisada población, trazada por el capricho y edifi-

Por **JOAQUIN DIAZ GARCES**

cada por la alegría. Allí está esa insaciable boca que se traga una ciudad entera y todavía espera parroquianos.

El campamento no ha terminado todavía de instalarse. Entre las velas blancas de las carpas circulan aún esos arquitectos que, con una pieza de tocuvo, edifican en cinco minutos "La antigua gloria de Balmaceda".

Desde allí se ve la elipse levantando al cielo azul y sereno una enorme columna de polvo dorado, mientras que cada vez que una racha de viento sopla con fuerza se logran divisar los puntitos rojos, amarillos y azules de la tropa.

La alegría más franca y espontánea es el carácter de esta feria tradicional, que amanece como por encanto el Diecinueve, lo mismo que si hubiera nacido sobre

la alfombra del césped verde regada con el relente de las noches anteriores.

Allí pasa en gordo y cuidado caballo tordillo o alazán el huaso de las inmediaciones de Santiago con arreos nuevos y lujosas espuelas de plata. Allí pasa la gran carretela equipada por alemanes que lanzan al aire las más sonoras carcajadas de su repertorio y arrojan a los transeúntes sepetinas de papel, que van a enredarse en el pelo enmarañado de las cantoras o en los gallardetes de las "para burtos tradicionales". Pasan los "breaks" llenos de muchachas alegres que han comprado en la puerta un canasto de naranjas durísimas y van disparándolas en la travesía y levantando protestas de unos y menos cultas respuestas de otros. Allí pasan las niñas que van montadas en ancas y asidas mitad por cariño y mitad por seguridad personal a la cintura de los jinetes. Y allí van, en





fin, los que ya han probado demasiadas veces el ponche y se sienten con vahidos...

Aquel desfile no cesa, va errante en busca de su centro. De repente se desbanda y de repente vuelve a recibir refuerzos. Es una cinta animada que rodea al Parque, un verdadero hormiguero que se alarga hasta la lejána guarida.

CUECA CON TAMBOREO Y HUIFA

Lo que se desarrolla ante la vista atónita y mareada es un verdadero calidoscopio en que cada dos pasos hay un cuadro nuevo, colores nuevos y figuras nuevas.

Allí están las tradicionales fondas: la de la Sucesión de T. Campos, la de la Gloria de Balmaceda, la de la viuda Rojas, la del ¡apearse, niñas, que aquí hay ponche!, la inolvidable y tantas veces descrita de cueca con tamboreo y huifa, y, finalmente, una pintoresca y pequeña fonda con el sugestivo título de Cantina del Congreso.

Muchas de estas fondas están

perfectamente alfombradas, tienen grandes espacios en el interior, pianoforte, sofás, mesas y sillas.

Naturalmente, se levanta en lugar principal la elegante arpa que más tarde sonará incandescentemente, dando el diapason altísimo de la embriaguez lírica.

¡Calumnia! La cueca no ha muerto; aún no ha nacido el sepulturero que le eche encima la última palada de tierra. Y a la cueca no se la puede enterrar viva... ¡Se mueve tanto!

Que está decaída, que desfallece, como una flor arrancada de la mata que ya no es la hija de Andalucía y Arabia, que ya no destella chispas si no la ilumina la llama azul del alcohol, ¡eso es verdad, tristemente, aunque haya falsos voceros que lo nieguen!

La hemos buscado, la hemos perseguido tras los árboles de los bulliciosos bosques laterales del Parque.

La vimos muchas veces desgredada, sucia, mal vestida, beoda, arrastrando por el suelo la serpiente dorada de sus gracias, la tentadora culebra de sus encan-

tos femeninos, el inimitable y alegre laberinto de sus vueltas.

¡No era ella!

Pero, en cambio, la encontramos de repente, a la vuelta de una avenida. Nuestro coche se detuvo. El público paró también y se hizo en torno el silencio de la ansiedad. Había allí algo que imponía y admiraba: se bailaba la cueca clásica, el genuino baile que queda sólo bajo las ramadas de la trilla y allá al remate de las largas y sombrías alamedas de Colchagua y Curicó.

Era difícil verlo y observarlo todo, porque la gente se arremolinaba furiosamente, abriéndose paso a fuerza de codos.

Ella era gentil, esbelta, pálida, con ojos negros; él no tenía gallardía ninguna, pero sí una agilidad extraordinaria. La muchacha llevaba un vestido negro, con un ramo de flores en el pecho y una cinta celeste sobre el pelo negrísimo, acomodado en ondas y con cien peinetas sobre la cabeza. Apenas se movía, mientras su compañero la enredaba con cien mil giros y vueltas. Sus movimientos eran airoso y elegantes, pero sobrios: la cabeza,